

Ayşe Kulin

# Adiós, Estambul

Traducción de Carlos Lagarriga

 ediciones  
**ÁMBAR**

## Una mansión en la Estambul ocupada

La nieve pierde toda su grandiosidad cuando cae fuera de la estación. En lugar de transformar Estambul en la reluciente ciudad de madreperla, la nieve, que había llegado a finales de un largo y riguroso invierno justo cuando se esperaban las primeras flores, parecía azúcar molido esparcido al azar sobre las calles llenas de barro y las viejas casas de madera. En el barrio de Beyazit, el cochero de un carruaje de dos caballos, con la cara roja y las manos entumecidas por el frío, tiraba de las riendas en lo alto de la segunda calle que conducía hasta el mar. El coche aún avanzó unos metros más hasta que se detuvo. Consciente del peligro que suponían las placas de hielo resbaladizo para las pezuñas de los caballos, Ahmet Reşat decidió prescindir del transporte y continuar a pie el camino a casa. Se apeó del coche, pagó al conductor y echó a andar calle abajo midiendo cada paso sobre la nieve. Faltaba ya muy poco para la llamada a la oración de la mañana. Reşat *Bey* estaba exhausto de una reunión que habían tenido que concluir antes de lo previsto cuando los participantes se encontraban ya demasiado cansados para pensar y mucho menos para hablar. Se detuvo un instante en mitad de la calle antes de entrar en la majestuosa casa que se alzaba a su derecha y rezó en silencio para que su mujer estuviera profundamente dormida. No estaba dispuesto a someterse a un interrogatorio para expli-

car las razones por las que la reunión se había prolongado hasta bien entrada la madrugada.

Apenas rozó con los dedos la cancela del jardín cuando de pronto se abrió de par en par.

—Buenos días, señor —exclamó Hüsnü *Efendi*.

—¿Se puede saber qué hace a estas horas en el jardín, Hüsnü *Efendi*? ¿No di instrucciones a todo el mundo para que nadie me esperara?

—Me disponía a hacer mis oraciones cuando lo he visto desde la ventana. Parece muy cansado, señor.

—¡Cómo no voy a estarlo! ¿Cuántos días puede aguantar uno sin dormir? En fin, que Dios nos ayude.

—Así sea.

Ahmet Reşat ofreció a su criado una mirada tranquilizadora. En parte porque los ojos de Hüsnü *Efendi* reflejaban una gran preocupación pero, sobre todo, porque en aquel momento estaba obstruyendo el paso de su amo.

—No pasa nada, Hüsnü *Efendi*. Un asunto de negocios me ha retenido toda la noche. Y ahora sigue con tus oraciones. Puedes retirarte.

Hüsnü corrió a abrirle la puerta principal de la casa, de donde emanó un desagradable olor a desinfectante que molestó al olfato de Ahmet Reşat en el momento de atravesar el umbral. Puso una mueca de disgusto, se sentó en el escabel que había junto a la entrada y acto seguido se quitó los zapatos, colocó el fez en el estante, entregó la levita a Hüsnü y entró descalzo en el *selamlık*<sup>1</sup>. Se echó en el diván con las manos entrelazadas apoyadas en la frente con la esperanza de conciliar el sueño unas horas. Le dolía terriblemente la cabeza. Desterró de su mente las discusiones y los sucesos de las últimas veinticuatro horas e intentó relajarse tal y como Mahir le había enseñado, despejando la mente y respirando despacio. Inspiró profundamente y dejó escapar el aire poco a

---

1. Del turco *selamlık*, parte de la casa reservada exclusivamente a los hombres. (N. del T.)

poco. Una vez... otra vez. Sí, el consejo de su amigo funcionaba. Se despezó y bostezó mientras se recostaba en el diván y se colocaba bajo la cabeza el cojín que antes había lanzado al suelo. Acababa de sumirse en un sueño de lo más reparador cuando de repente le sobresaltó la voz áspera y desabrida de su tía.

—¡Pero qué horas son estas de llegar, Reşat *Bey*, y más con un enfermo en la casa!

—Le aseguro, tía, que no ha sido por voluntad propia —consiguió murmurar mientras se incorporaba.

—Ya. ¿Y qué es eso tan importante como para retener a nadie hasta el alba?

—Querida tía, creo que ya está al corriente de nuestra situación. ¿Por qué me habla en ese tono?

—Los asuntos de estado se resuelven mejor de día, hijo mío. Las noches son para rezar y dormir. Tus abuelos no tenían cargos menos importantes que el tuyo y de noche todos dormían en sus propias camas, Reşat *Bey*.

—Ya, pero ellos tuvieron la suerte de que nuestro país no estaba ocupado, tía.

—¿Es que nadie puede hablar de otra cosa? ¡La ocupación! Lo hecho hecho está. De nada sirve luchar contra el pasado ni contra la muerte. Tu sobrino aún está vivo. A ver si nos preocupamos menos por la salud de la nación y más por la de mi nieto, si no te importa. Se ha pasado la noche tosiendo; no creo que tarde en escupir sangre. Hay que llevarlo con urgencia al hospital. Hoy mismo.

—Pero ¿se ha repuesto o no? ¿No estará exagerando un poco?

—¿Acaso dudas de mi palabra, Reşat? Pasa las noches tosiendo sin parar y tú ni siquiera estás aquí para enterarte. Llevo varios días persiguiéndote. El jarabe para la tos de Kemal casi se ha acabado y nos estamos quedando sin carbón. Ni siquiera somos capaces de calentar la casa como Dios manda.

—Iré a ver si encuentro más jarabe en las farmacias de Pera. En cuanto al carbón, tía, hasta en Palacio se están quedando sin él. Habrá que echar madera en las calderas.

—Ya. ¿Y de dónde vamos a sacar la madera? Hay que mantener caldeado el cuarto de Kemal.

—Pues entonces dígame al jardinero que corte los árboles que hay al final del jardín —respondió Ahmet Reşat levantándose del diván y dando una palmada en la espalda de su tía—. Iré a ver cómo está Kemal —añadió.

—Con mirarlo solamente no vas a arreglar nada. Llévalo al hospital.

—Sabe perfectamente que eso no es posible.

—¿Por qué razón?

—Pues porque lo detendrían nada más salir a la calle. Hace meses que la fotografía de Kemal ya circula por todas partes. Le reconocerían de inmediato.

—¿Estás diciendo que mi nieto es un traidor? ¿Quién se atreve a decir tal cosa? ¿Quién de vosotros ha tenido el valor de tomar las armas por el país? Él es un traidor y vosotros unos héroes, ¿verdad?

—Yo no soy ningún héroe, tía, pero a mí no me busca la policía.

—Pero el gobierno que dictó esa orden de arresto ya ha caído, ¿o no? ¿Acaso el actual gobierno mantiene esa potestad? ¿Tanto miedo le tenéis?

—Tía, los gobiernos caen y se suceden, pero el sultán se mantiene con firmeza en el trono.

—Lo único que sé es que Kemal requiere atención médica inmediata.

—Basta. Usted lo trajo a esta casa sin mi conocimiento ni autorización; hice la vista gorda por usted y para que él no acabara enfermo y en la calle. Pero no me pida ahora que ponga en peligro a mi familia. Si es tuberculosis, no hay nada que puedan hacer por él en el hospital más allá de los habituales cuidados y medicamentos. Gracias a usted, Kemal tiene casa y está bien cuidado. Mehpare está junto a él noche y día. Haremos todo lo posible por conseguirle el jarabe, pero ahora, terminemos de una vez esta discusión. ¡Se lo ruego, tía!

—¡Eres un desconsiderado, Reşat!

Mientras su tía salía indignada de la habitación en dirección a las escaleras, Ahmet Reşat volvió a hundirse en el diván con las manos cubriéndole la frente, mitigando las punzadas de dolor.

\*

Ahmet Reşat se encontraba realmente asediado por una multitud insuperable de problemas. A su sobrino fugitivo no se le podía llevar al hospital y el único médico al que podía recurrir era Mahir, un buen amigo de la familia. De haberse sabido que Ahmet Reşat estaba dando refugio a Kemal, habría tenido que enfrentarse al exilio inmediato sin que a nadie le importaran entonces sus explicaciones, sus años de servicio ni el cargo que ocupaba. También se sentía atrapado entre la inconsciencia de su anciana tía y las protestas de su esposa, que estaba aterrorizada ante la sola idea de que sus hijos se infectaran con la tisis. Las dos mujeres decidieron de común acuerdo que había que llevar a Kemal al hospital, aunque por razones bien distintas. Lo cierto es que el estado de Kemal no mejoraba en la casa y las terribles consecuencias del desastre de Sarikamis<sup>2</sup> le habían dejado completamente hundido, tanto física como mentalmente. Acusado de delitos de naturaleza política, el sujeto en cuestión había decidido apoyar desde el comienzo a los partidarios del Comité de Unión y Progreso (CUP)<sup>3</sup>, pero cuando fueron barridos del poder tras la revolución de 1908, no se le ocurrió otra cosa que darles la espalda, lo que le ganó la animadversión no solo de los

---

2. Escenario de una batalla entre Rusia y el Imperio Otomano desarrollada entre finales de 1914 y comienzos de 1915. (*N. del T.*)

3. En turco: *İttihat ve Terakki Cemiyeti*, partido nacionalista y reformista más conocido con el sobrenombre de «Jóvenes Turcos», que alcanzó el poder después de la revolución, desde 1908 hasta 1918, en que muchos de sus miembros fueron detenidos y juzgados

seguidores del CUP, sino también de sus adversarios. Kemal era un verdadero liberal y sus desavenencias con el CUP habían sido considerables. Pero el daño ya estaba hecho y ya para siempre se le iba a asociar con su causa. De hecho, hasta los oídos de Reşat había llegado ya un rumor ciertamente inquietante de boca de algunos de sus colegas, quienes se referían a Kemal como el «sobrino conspirador de Reşat».

Puede que el sobrino mereciera el desprecio general que se había ganado a pulso, pero no su tío. Kemal había constituido una fuente inagotable de problemas ya desde muy joven por su relación con grupos de todo tipo, desde los agitadores de los Jóvenes Turcos hasta los masones. También había simpatizado con los escritores opuestos al régimen, llegando incluso a publicar varios artículos firmados con su nombre en una revista que no era del agrado de Palacio.

Kemal se entusiasmó cuando el CUP tomó las riendas del gobierno; el problema es que ya antes se había ganado enemigos mortales entre sus partidarios. Tanto fue así que decidió presentarse voluntario para luchar contra los rusos en la lejana Sarikamis, para poner tierra de por medio... y para servir a la patria, desde luego.

Pero Kemal y muchos miles de camaradas ignoraban el infierno que les esperaba. Los soldados que partieron de Estambul recibieron una calurosa despedida en la estación de Haydarpaşa, con pañuelos agitados al viento, banda de música, oraciones, ofrendas votivas y hasta con el sacrificio de animales.

Todo aquel espíritu patrio y aquella pompa se desvanecieron en un abrir y cerrar de ojos. Lo primero fue el larguísimo trayecto en tren hasta alcanzar los confines de Anatolia, desde donde los soldados eran movilizados al frente en carros de bueyes y con temperaturas bajo cero. Cuando por fin las tropas llegaban al campo de batalla, lo peor no era el recibimiento del infernal fuego enemigo, sino el frío glacial y abrasador que quemaba brazos, piernas y rostros, abriendo terribles heridas en la piel expuesta a la intemperie.

Fueron muy pocos los que consiguieron salir con vida de la catástrofe de Sarikamis. La familia de Kemal ya se había preparado para recibir la notificación de su muerte cuando supieron con alivio que solamente le habían hecho prisionero. Nueve meses después, lo encontraron frente a la entrada principal de la casa, apenas con vida y convertido en un desecho humano. Después de muchos meses de tratamiento en el hospital, seguido de un año entero de cuidados y atenciones en casa, se consiguió devolverle al cuerpo la salud maltrecha, pero ni toda la paciencia del mundo fue capaz de curar su espíritu, ya irremediadamente roto.

Ahmet Reşat jamás aprobó las actividades imprudentes de su sobrino, pero después de lo que sufrió en la batalla de Sarikamis, hizo todo lo posible por perdonar y olvidar. Alá le había salvado la vida y lo había devuelto junto a su familia; quién sabe, a lo mejor también en Palacio llegarían a perdonar a aquel joven, quien por otro lado se arrepentía profundamente de sus temeridades pasadas. Kemal había recibido una buena educación; conocía varios idiomas, había visto mundo y sabía escribir. Sin duda se le podría buscar un empleo como traductor. En ese momento, Ahmet Reşat recurrió a su buen nombre y a sus contactos en Palacio para intentar buscarle un empleo y así salvar a su sobrino, pero al final resultó imposible.

Además, Kemal demostró no haber aprendido nada de sus sufrimientos pasados y esta vez acabó mezclándose con los Nacionalistas. Y mientras su tío no se cansaba de pedir una y otra vez clemencia al mismísimo gran visir, el incorregible sobrino se dedicaba a escribir artículos muy críticos contra el gobierno en los periódicos *Vakit* y *Akşam*, y de nuevo, cómo no, firmados con su propio nombre. Era solo una cuestión de tiempo que desde Palacio saliera una orden de arresto para el sinvergüenza en cuestión.

Reşat *Bey* decidió entonces que el tema de su sobrino ya no era de su responsabilidad y lo echó de casa en cuanto pudo.

Por eso montó en cólera cuando descubrió que Saraylihanim había dado otra vez refugio en la casa a su nieto, cuya salud se



había deteriorado de nuevo, escondiéndolo en secreto en el desván, con los criados. Pero lo que más le enfadó fue que su propia mujer le hubiese ocultado la verdad. Reşat podía imaginarse perfectamente cómo su tía había engatusado, sobornado y hasta amenazado a los demás residentes de la mansión para conseguir su silencio, aunque estaba convencido de que Behice no se había dejado intimidar fácilmente. Y mientras su mujer se defendía hecha un mar de lágrimas, él ya no sabía qué pensar, si lo había hecho por que le daba pena, como decía ella, o si se había dejado convencer por medio de un valiosísimo prendedor de diamantes que su tía había recibido como regalo de una de las madres adoptivas del sultán, una circasiana, según creía recordar. De lo que sí estaba seguro era de dos cosas: de que su tía era una maestra del soborno y de que a su mujer le gustaban demasiado las joyas. Pese a todo, su conciencia no le permitió echar a su convaleciente sobrino a la calle y acabó dando su permiso para que siguiera alojándose en las dependencias del servicio hasta que recuperara la salud.

Otra evidencia es que Ahmet Reşat se estuviera alejando de su familia. Llevaba varias semanas sin ver a sus hijas ni hablar con su mujer. Llegaba a casa cuando todo el mundo ya dormía y se iba a trabajar en la oscuridad de la madrugada, antes de que nadie se levantara. Vivía tan ajeno a las quejas y a las tribulaciones de su casa, que a veces hasta él mismo tenía la sensación de estar viviendo en otra ciudad.

\*

Ahmet Reşat soltó un profundo suspiro. Los asuntos de su casa no eran nada comparados con los problemas a los que se estaba enfrentando el país. ¿Es que no habría un momento de respiro para los otomanos, que tanto habían sufrido?

La ciudad llevaba casi dos años ocupada. El alto comisario, almirante Somerset Arthur Gough-Calthrope, el mismo que había

firmado el Armisticio de Mudros en favor de Gran Bretaña, había prometido a Rauf *Bey*, su homólogo otomano, que bajo ningún concepto se desplegarían fuerzas extranjeras en Estambul. Pero faltó a su palabra. Los aliados ya habían puesto en marcha un plan secreto para desmembrar el Imperio Otomano.

Apoyados por una flota de cincuenta y cinco buques de guerra, los invasores levaron anclas en el estrecho del Bósforo solo nueve días antes de que los dirigentes del Comité de Unión y Progreso, aquel desgraciado trío al que todo el mundo se refería en tono de sorna como «el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo» —Enver, Talat y Cemal— tuviera que huir al exilio. Y sin más demora, las tropas desembarcaron para caer sobre las calles de Estambul.

Una multitud de otomanos de origen griego acudió con banderas griegas a recibir con entusiasmo a los barcos de guerra invasores. Peor todavía, en un mes de febrero de triste memoria, los desdichados habitantes de Estambul no tuvieron más remedio que soportar los gritos de júbilo y los estridentes aplausos de las minorías mientras el comandante francés se pavoneaba triunfalmente por la Grand Rue de Pera<sup>4</sup>, igual que un pomposo conquistador montado sobre su corcel blanco.

El Imperio Otomano empezaba a pagar un precio muy alto por los errores cometidos durante décadas enteras. Las minorías cristianas de Estambul se ofrecieron a ayudar a las fuerzas de ocupación, a modo de venganza secular. Los musulmanes empezaron a ser denunciados bajo cualquier pretexto; Las esporádicas muestras de resistencia se sofocaban enseguida y sus cabecillas eran sometidos a terribles torturas en los cuarteles y las comisarías de policía. Los musulmanes residentes en Estambul fueron vejados, purgados y humillados. Para empeorar las cosas, empezaron a correr unos rumores nada alentadores a propósito del comportamiento de los soldados senegaleses y del maltrato que los musulmanes estaban recibiendo de las minorías, de las que incluso se decía que arrancaban el velo a las mujeres.

---

4. Barrio que hoy se conoce como Beyoglu (*N. del T.*)

Por mucho que algunos de estos rumores fueran falsos, lo cierto es que contenían un fondo de verdades irrefutables. Las casas eran ocupadas para el alojamiento de las tropas, y los engrédidos y arrogantes ingleses no dudaron un solo momento en humillar no solo a la gente, sino a los funcionarios del gobierno también, así como a los miembros del parlamento y hasta los ministros del estado. Los *bajás* Ali Riza, Salih Hulusi y Tevfik, que se sucedieron en el cargo de gran visir durante la ocupación, fueron depuestos por los ingleses solo porque ofrecieron una soterrada resistencia a las condiciones propuestas en la Amnistía. Los habitantes de la capital empezaron a sufrir todo tipo de acoso por parte de sus conciudadanos. Quince días antes, Dilruba *Hanim*, una pariente lejana de la familia, quiso hacer una visita a Reşat *Bey* a su casa. Estaba sentada tranquilamente en el tranvía cuando recibió un empujón en el hombro por parte de una *madam*<sup>5</sup>, que la obligó a levantarse con estas palabras:

—Llevan ya demasiado tiempo ocupando los asientos, *hanim*<sup>6</sup>; ahora nos toca a nosotros.

La pobre mujer se apeó en la siguiente parada, llorando y a toda prisa, y recorrió a pie el trayecto que le quedaba hasta Beyazit.

A pesar de las provocaciones y de la opresión reinante, hubo quien se mantuvo firme en la decisión de resistir a los ocupantes. Los estados europeos recibieron entonces una notificación a propósito de la creación de un gobierno rival y menos complaciente con sede en Ankara.

Si bien es cierto que el gobierno de Estambul había sentenciado a muerte a un tal Mustafa Kemal en una orden firmada por el mismísimo sultán, nadie se atrevió a viajar hasta Ankara para detener al dirigente del movimiento nacional turco recién procla-

---

5. Trato que generalmente se da en Turquía a las mujeres no musulmanas. (*N. del T.*)

6. El modo de dirigirse a una mujer de cierto nivel social era añadir la palabra *hanim* (con el significado de dama o señora) a su nombre personal, al igual que en el caso de los hombres se añadía «*bey*», «*bajá*» o «*efendi*» (en función de su importancia y por este orden ascendente). [*N. del T.*]

mado presidente del nuevo parlamento de dicha ciudad. De hecho, hasta se sabía que varios miembros del gabinete apoyaban en secreto el éxito de su causa.

No es que la Resistencia no hiciera todo lo que podía, pensaba Ahmet Reşat ensimismado, pero sin armas ni soldados todo iba a resultar bastante inútil. También hubo quien cayó en la tentación de creer que podía llegar a liberarse no solo Estambul, sino la totalidad del territorio únicamente con el apoyo de unas tropas medio muertas de hambre, mal equipadas y completamente exhaustas después de ocho años de combate en mil y un frentes. ¡Estaban condenados al fracaso!

Después de buscar inútilmente la pitillera en los bolsillos de la chaqueta, Ahmet Reşat soltó un juramento y, acto seguido, enrojeció de vergüenza a pesar de que se encontraba solo en la habitación. La situación en general estaba fuera de su control y eso le estaba convirtiendo en una persona cada vez más irritable. Sí, había cambiado. Nunca había sido amigo de maldecir en voz alta, pero ahora los juramentos salían de sus labios con una regularidad más que sorprendente. También fumaba más. Y si nada más llegar a casa se sentía con el cuerpo débil, lo cual sucedía casi siempre últimamente, se daba el gusto de tomarse un poco de reconfortante *raki*<sup>7</sup> antes de acostarse; el olor a anís que entonces despedía su aliento no era del agrado de su mujer precisamente, lo cual daba pie a otra legítima protesta por su parte. No es que Ahmet se sintiera muy orgulloso de sus nuevos vicios, pero le tocaba vivir una época muy difícil; los días eran agotadores y exigían unos nervios de acero. Por si fuera poco, con las arcas del Tesoro incapaces ya de pagar el sueldo a los funcionarios civiles, ni siquiera los nervios de acero eran suficientes. Los otomanos estaban hasta el cuello de deudas. Ahmet Reşat no tenía más remedio que dar explicaciones a los acreedores un día tras otro. Todo parecía indicar que el enorme déficit presupuestario iba a doblarse con respecto al año anterior. Las

---

7. Bebida alcohólica de sabor anisado típicamente turca. (N. del T.)

compensaciones de guerra por las presuntas pérdidas sufridas en la guerra mundial iban a hacer que la deuda se incrementara todavía más.

Ahmet Reşat volvió a levantarse y se desperezó mientras echaba a andar de un lado para otro a lo largo del pequeño cuarto. Si subía a su dormitorio, seguramente iba a despertar a su mujer. También sus hijas estaban durmiendo. Los peldaños de madera de la escalera principal crujían de forma espantosa, alertando a todo aquel que tuviera el sueño ligero ante cualquier trayecto nocturno hacia la cocina, el *hamam*<sup>8</sup> o el recibidor. He aquí otra de las causas frecuentes de las quejas de su mujer.

—Saraylihanim se queda despierta y con los oídos atentos tratando de averiguar si vamos o no al *hamam* —protestaba.

¡Pero cómo reparar en aquellas circunstancias la madera carcomida ni las bisagras chirriantes de las puertas!

\*

Se le ocurrió ir de puntillas hasta la planta intermedia, pero ante la perspectiva de tropezarse con la gruñona de su tía, decidió que era más seguro seguir echando una cabezada en el *selamik* un rato más. Necesitaba descansar para poder enfrentarse al lamentable aspecto de Kemal, a quien había criado desde niño. No podía soportar ver cómo su sobrino se iba consumiendo poco a poco. Últimamente, cada vez que lo veía con aquel rostro ceniciento casi le daban ganas de echarse a llorar y de perdonarle sus muchas tropelías de juventud.

Ahmet Reşat volvió a sentarse en el diván y se quedó mirando el jardín. Los copos de nieve seguían aferrados a las relucientes hojas del magnolio, que se acurrucaba frente a la ventaba lo mismo que una novia afligida. Unos pasos más allá, el manzano se ha-

---

8. Baño turco (*N. del T.*)

bía dejado engañar por el sol de marzo y había abierto sus primeros brotes, que ahora colgaban sin vida ante la reciente ola de frío. Ahmet esbozó una mueca de amargura. «Qué tonto eres, manzano», pensó. «Claro que a nosotros nos pasa lo mismo; nos emocionamos ante el primer rayito de luz para luego ver frustradas todas nuestra esperanzas.»

¿Acaso no había caído todo el mundo en la trampa de dejarse entusiasmar por las libertades que se anunciaban tras la destitución del Sultán Rojo, Abdul Hamid II, para luego arrepentirse de ello dándose golpes en el pecho? Más vale lo malo conocido... ¡Desde luego!

El vacío dejado por el exilio forzoso de los dirigentes del CUP se estaba llenando ahora con los del Partido de la Libertad y la Unidad y su tendencia a explotar los sentimientos religiosos. Claro que el pueblo se cansaría pronto de ellos también. Ahmet veía claramente que ese partido, en el que confiaba el sultán a pesar de haberle acusado de ser probritánico, poco a poco se iba haciendo menos atractivo a los ojos de la gente.

Muchos de los prisioneros políticos exiliados durante el mandato del Comité de Unión y Progreso habían regresado tras la reciente promulgación de una amnistía, lo cual hizo que surgieran fuerzas de oposición con ansias de venganza. Para acabar de complicarlo todo más, tanto los griegos que vivían en Estambul como los Patriarcados de Armenia hacían todo lo posible para asegurarse de que los invasores llegasen a controlar no solo la capital, sino todo Turquía. Esto únicamente podía suceder en una atmósfera generalizada de caos, lo cual explica que recurrieran a todos los medios a su alcance para incitar a las comunidades griega, armenia y musulmana. La primera en particular estaba mostrando una actitud especialmente rebelde y hostil. Tanto era así, que cuando el teniente de alcalde, Cemil *Bajá*, fue a inspeccionar una taberna en Karaköy, el propietario griego lo echó del local amenazándolo con un bastón.

Mientras Ahmet Reşat recordaba ese desagradable incidente, sintió de repente un agudo pinchazo de dolor que le recorrió

desde la nuca hasta la frente y empezó a girar el cuello lentamente a derecha e izquierda tratando de aliviarlo. La situación se estaba haciendo cada vez más insoportable, incluso para quienes tenían más aguante y entereza. Los turcos habían hecho gala de una paciencia modélica desde el comienzo de la ocupación, haciendo la vista gorda ante los excesos de sus conciudadanos y vecinos y tratando de mantener las relaciones con los demás sin que nada cambiara. Ahmet Reşat, por ejemplo, conservaba a Aret *Efendi*, su jardinero armenio, y a Katina, la costurera griega que iba cada quince días a planchar y remendar la ropa. Los funcionarios judíos que tenía por subordinados en el Ministerio de Economía seguían cumpliendo con sus obligaciones como si nada hubiera cambiado y lo mismo podía decirse de los ministros y diputados cristianos. Es cierto que algunos griegos y armenios estaban llamando a la sublevación, pero la mayoría de ellos estaban fuera de toda sospecha; por fortuna, la comunidad judía siguió fiel a los otomanos. Mientras la prensa griega arremetía abiertamente contra los turcos, la judía seguía mostrando respeto por los derechos de los turcos y eso a pesar del ímprobo esfuerzo que realizó el Gran Consejo Griego para incorporar a la comunidad judía en la federación greco-armenia que se había creado recientemente.

\*

Ahmet Reşat se sentía a la vez partícipe y espectador de esta desesperada carrera hacia un futuro más que incierto. Tenía las manos atadas. Sí, los hombres no lloran, pero Reşat *Bey* notó un repentino tic en el párpado izquierdo y no pudo impedir que se le humedecieran los ojos.